

## ESA CLASE DE LOCURA

Nuria y Carlos –bellos, famosos desde siempre- por primera vez en su vida debían bajar los vidrios polarizados de su existencia y enfrentarse a los hechos. Habían nacido en una cuna tan dorada como la nube en la que vivían. Al casarse sólo cumplieron con el decreto que la buena casta manda.

Ninguno de los dos imaginó que ese bebé en camino que debía sellar las expectativas del éxito, devendría en ser el peso de una condena. A los cuatro años Tomás fue diagnosticado con una severa disfunción mental que resquebrajó la estructura familiar.

Pese a la frustración inicial que los llevaba a preguntarse por qué a ellos, intentando vencer prejuicios dispensaron gran parte de su tiempo y dinero para que ese niño (que pasaba de serenas indiferencias a estertores y gritos furiosos) formara parte de lo funcional.

Los sentimientos de esos padres se tiñeron de todas las gamas. Entre el rechazo y la resignación estaban el estupor y la intolerancia de aceptar que Tomás era distinto. Y eso dolía.

La vida de ambos fue girando en círculos viciosos en los que querían atrapar al hijo en una realidad que más que ajena le era indiferente.

Ellos fueron buscando, por años, una solución a los sitios más apropiados y de los otros también. Un día era un médico con un novedoso tratamiento alternativo; otros una bruja costosa con inútiles sortilegios y otras veces eran citas con pastores que por considerables diezmos arrancarían a los cielos el utópico milagro.

Nada evitaba que Tomás se hundiese cada vez más en fantasías impenetrables; en tanto ellos sentían una opresión que les violaba las esperanzas. Y la culpa los metía en el miedo de llegar a ser los padres abandónicos que nunca querrían ser.

Ellos necesitaban un niño de mente lúcida y él no necesitaba nada; en su esencia habitaban todos los ecos que construían su nido necesario y que festejaban u odiaban cada latido del corazón.

Tenía esa clase de locura, la de las voces dispares y las miradas estremecidas por el pavor o la algarabía.

Así Tomás fue creciendo en un universo propio de sentires distintos. En colegios especiales que especialmente herían a esos padres. No por falta de amor sino de comprensión de un mundo que para ellos estaba desdibujado y que para el hijo estaba lleno de las creaciones de su mago corazón.

Qué no hicieron antes de aceptar que esa mente estaba hecha de un sutil encaje que podría deshilvanarse en cualquier momento. Internaciones y ruegos se alternaban con momentos de tensa desazón. Detestaban la locura de ese hijo. Pero amaban a ese hijo.

Cierto día en que el niño jugaba con Rocío, la hija de la mucama y abanderada en el colegio (lo que mordía aún más las entrañas de los padres), Tomás que en cada terapia estaba atiborrado de dibujos pintados, descubrió el color en las pinturitas usadas que ella le regaló.

Pasaban juntos larguísimas horas causando estallidos de formas coloreadas. Mientras se entrelazaban en una palabra común de pinceladas y pinturas, se iban encontrando en las coloridas vueltas que les daba el alma.

Pasada la adolescencia, los padres no se explicaban ese lenguaje no hablado que los unió en el amor carnal. La mucama menos. Pero nadie se atrevió a romper esa red de sentimientos multicolores que iba en contra de diagnósticos médicos, el miedo de los padres que preveían lo peor y la decepción de esa mucama que había depositado en su hija mejores expectativas.

Las sorpresas no acabaron ahí. Rocío estudió formalmente el arte que Tomás plasmaba en sus cuadros solamente para interpretar los tintes que él sublimaba en cada lienzo. Hoy nada es distinto para Tomás. Tiene esa clase de locura que transformó sus fantasías personales en el reconocimiento de otros que cotizaron su firma abultadamente en el mercado del arte.

Y sigue con esas voces dispares que para Rocío son una sola ternura.

Nuria y Carlos poco a poco fueron reencauzando a sus esperanzas y ya comenzaron a sentir que ellos –a pesar de sus propios deseos- están compartiendo ese mundo en los que el espíritu está convertido en trazos.

Y la madre de Rocío continúa sin entender nada.

BARBARELA ACUÑA